



Ojos vacíos

De Jorge Arturo Tovar

**Obra seleccionada en el 17mo Festival de la
Joven Dramaturgia de Querétaro en 2019.**

A mi mamá y mi papá, gracias por todo.

Personajes:

Miranda

Carlos

El cadáver del padre

Un fantasma

ESCENA UNO

Miranda: Todo comienza esta noche. La noche en que tengo un sueño de muerte. Después de tres noches de insomnio tras ver descender a mi padre en aquel agujero en la tierra, por fin puedo dormir. Bajo las escaleras de mi casa y al llegar al primer escalón lo veo ahí sentado, en el sillón de la sala que tanto le gustaba para ver televisión. Como si hubiera salido de aquella fosa por su cuenta y llegado hasta acá solo. Lleva la misma ropa del día que lo enterraron y aunque mi mente me dice que está muerto, su piel, sus ojos, sus manos; todo su cuerpo es el de un hombre vivo.

Me mira, se pone de pie y avanza hacia mí. Yo me quedo congelada en el escalón, sin saber si correr a abrazarlo o subir a mi cuarto a esconderme.

Entonces dice:

¡Miranda! ¿Por qué dejaste que me enterraran? ¿Que no ves que estoy vivo?

¿Qué no estoy aquí hablando contigo?

Camina hacia mí y los ojos se le caen de las cuencas, rodando por el piso hasta que llegan a mis pies.

Se dirige al librero de la sala y de él saca un álbum de fotos. Sus ojos me miran desde el piso. Lo abre y lo pone frente a mí. Es una foto de él cuando era niño, jugando en el patio de su casa en San José Agustín: el pueblo donde pasó toda su

vida hasta que vino a esta ciudad a estudiar y conoció a mi mamá. En su rostro se dibuja una mueca parecida a una sonrisa.

Despierto. Seguramente no he dormido ni dos horas, pero no puedo quedarme en cama después de esto. Tengo el presentimiento de que si ignoro lo que siento, nunca más podré volver a dormir...

Entonces salgo de casa.

(Piedras rebotan contra un cristal).

Carlos: Piedras. Nadie espera escuchar piedras rebotar contra la ventana a las tres de la mañana. Miranda lleva días con la mirada perdida y unas ojeras profundas y oscuras. Todos estos días he tenido un mal presentimiento: de inmediato sé que es ella quien está afuera. Debe estar llorando, rendida... Abro la puerta y no, no hay lágrimas en sus ojos. Me cuenta un montón de cosas que no entiendo.

Miranda: San José Agustín. Es un pueblo al sur, en la costa. Tiene algunas playas pequeñas aunque curiosamente es un lugar frío. Mi papá nació y creció allí. Vino aquí para estudiar en la universidad. Luego conoció a mi mamá y se casaron. Algunas veces nos llevó a visitar el pueblo, a mis abuelos... no sé, no tengo muy buenos recuerdos de ese lugar. Además es mucho camino y la carretera siempre me cansa: los paisajes se repiten por las ventanas.

Carlos: San José Agustín...

Miranda: ¿No te desperté, o sí?

Carlos: ¿Tú qué crees?

Miranda: Necesito bañarme, pero no hay tiempo... ¿o sí? No. No hay.

Carlos: ¿Tiempo para qué?

Miranda: ¿Somos amigos?

Carlos: Pues claro.

Miranda: ¿Qué tanto?

Carlos: ¿...Mucho?

Miranda: Necesito pedirte un favor, de esos favores que solo se le piden a los amigos.

Carlos: ¿Quieres dormir aquí?

Miranda: ¿Me ayudas a llevar a mi papá a su pueblo?

Carlos: ¿Ahorita? ¿Así nomás?

Miranda: Carlos, no me importa si son las tres de la madrugada o si estás en pijama. Mi papá me dijo una vez que cuando muriera quería ser llevado al cementerio de San José Agustín. Dice que es un lugar muy bonito, bordeado por arbustos y flores y que las tumbas forman un laberinto. Allí está toda su familia y él siempre ha sido un hombre de familia.

Carlos: Ahora que lo pienso ¿es eso tierra en tu ropa?

Miranda: Necesito que me ayudes.

Carlos: ¿Quieres que salgamos de viaje a esta hora?

Miranda: Su coche... mi coche está a una cuadra.

Carlos: ¿Y cuándo volvemos?

Miranda: ¿Eso es lo que te preocupa?

Carlos: Solo pregunto...

Miranda: No tengo a quién pedirselo y no quiero ir sola. Son 16 horas en carretera. Si nos vamos por la libre supongo que para el lunes ya estaremos aquí.

Carlos: No sé...

Miranda: El lunes.

Carlos: Pero...

Miranda: ¿Por qué no solo me dices que no quieres venir?

Carlos: Miranda...

Miranda: ¿Somos amigos?

(Silencio).

Carlos: Solo dime... ¿Es eso tierra en tu ropa?

ESCENA DOS

Afuera del coche de Miranda. Dejan cosas en la cajuela.

Carlos: ¿Dos cambios de ropa serán suficientes?

Miranda: Más que suficientes.

Carlos: ¿Sabes? Estoy emocionado. Nunca había hecho algo así. Es como una aventura: Tú y yo saliendo de viaje a las tres de la mañana. La carretera esperándonos...

Miranda: ¿No tienes que avisarle a tu mamá?

Carlos: No está.

Miranda: Qué sorpresa.

Carlos: Me encanta andar en coche. Nunca sabes qué vas a encontrar en el camino.

De niño, cuando veía a mi papá los fines de semana, siempre andábamos en coche.

Es lo que más recuerdo de esa época.

Miranda: Aún no has visto nada.

Carlos: ¿De qué hablas?

Miranda: De nada.

Carlos: ¡Pido poner la música!

Miranda: ¡Carlos! ¡Espera! ¿Me prometes no asustarte?

Carlos: ¿Con qué?

Miranda: Promete no gritar...

Carlos: ¿Por qué dices eso?

Miranda: Porque te conozco.

Carlos: Yo no grito.

Miranda: ¿Seguro?... Bueno. Una, dos...

(Miranda abre el coche y las luces interiores se encienden. En el asiento trasero está el cadáver de su padre)

Carlos: ¡Putamadreputamadreputamadre!

Miranda: ¡Cállate!

Carlos: ¿Pero qué te pasa?

Miranda: ¡Baja la voz, carajo! ¡Vas a despertar a toda la cuadra! ¡Si parece que está dormido!

Carlos: Ah, perdón, ¡Por poco lo despierto!

Miranda: ¡No es hora de ser sarcástico!

Carlos: ¿Sabías que puedes pagar para que lo manden a su pueblo, no? Es como correspondencia de cadáveres. Hay gente muy profesional dedicada a transportar muertos.

Miranda: No tengo dinero para mandar a mi papá por correo. Además no sé dónde se hacen esos pinches trámites.

Carlos: ¿16 horas con tu papá muerto por la carretera?

Miranda: ¿Pues cómo pensabas que nos lo íbamos a llevar?

Carlos: ¡Pues así! ¡Por el pinche transporte! Pensé que iríamos a buscarle un espacio en el cementerio, llenar algunos papeles, ver cómo lo entierran... no pensé que lo habrías subido al coche.

Miranda: ¡Te necesito! No puedo dejarlo lejos de su casa. Él me lo pidió.

Carlos: ¿No te alcanza o qué?

Miranda: Esto no se trata de dinero.

Carlos: ¿Entonces de qué?

Silencio.

Carlos: A veces me pregunto por qué me sigo juntando contigo.

Miranda: Pues porque no tienes más amigos.

Carlos: Cállate.

Miranda: Considéralo un pago por todas las tareas que te pasé en la escuela.

Carlos: ¡No salgas con eso ahora!

Miranda: No pienso perder más tiempo. El viaje es largo y ya tengo que irme.

¿Vienes o no?

Carlos: ¡Estás loca!

Miranda: ¿Vienes o no?

Silencio.

Miranda: Pues entonces yo me largo. Esto fue una pérdida de tiempo. Venía para acá y pensé “este pinche Carlos se va a acobardar, no sé ni para qué voy si se va a acobardar”. Ya estaría saliendo de la ciudad. Yo pensaba que eras mi amigo.

Carlos: ¡Sí soy!

Miranda: Los amigos se ayudan cuando hace falta: Se pasan las respuestas de los exámenes, se defienden de ser golpeados, se acompañan cuando deben transportar el cadáver de su papá.

Carlos: Yo me largo a dormir. Cruzaré los dedos para que no te agarre la policía.

Miranda: Ojalá que sí, para que te duela la conciencia cuando me visites en la cárcel.

Carlos: ¡Ni voy a ir!

Miranda: ¡Pues mejor!

Carlos: ¡Adiós!

(Miranda sube al coche y trata de encenderlo pero no puede. Después de dos o tres intentos se desespera. Carlos la mira pero ella lo ignora. Después de unos momentos, Carlos toca la ventana del copiloto y Miranda la baja).

Carlos: ¿Necesitas ayuda?

Miranda: Es un poco viejo, pero siempre arranca.

ESCENA TRES.

Miranda al volante, Carlos en el asiento de copiloto y el cadáver en el asiento trasero. Carlos mira hacia atrás con insistencia.

Miranda: A partir de la 77 ya es línea recta hasta el pueblo. El mar queda justo a un costado, es un camino que lo bordea por decenas de kilómetros. Si tenemos suerte veremos el amanecer y cómo el sol pinta el agua de amarillo y azul.

Carlos: Miranda, sé que fue solo un sueño pero ¿Crees que se le puedan caer los ojos?

Miranda: No, pero ya apesta.

(Carlos mira a Miranda con extrañeza).

Miranda: ¿Qué?

Carlos: ¿No sientes feo? Es tu papá.

Miranda: ¡Ya deja de mirarlo!

Carlos: Tiene algo distinto que no termino de entender.

Miranda: Pues que está muerto.

Carlos: No es eso.

Miranda: Está más flaco. Le habría encantado ver todo el peso que ha perdido. Se le está encogiendo la piel. Mira, para el mal olor traje estos perfumes de mi casa.

Carlos: ¿Y se los echamos así nomás?

Miranda: ¿Cómo crees? Le pedimos que se los ponga él solito.

Carlos: Ay, cállate.

Miranda: Lo único que quiero es viajar tranquila, ¿sí?

Carlos: Está bien. Yo no quiero tener nada que ver con tu papá. Mi función en este viaje es la de acompañante. Es más, yo solo pongo la música y paso las botanas... aunque no tengo estómago para comer.

Miranda: ¿Hablas en serio?

Carlos: Muy en serio.

Miranda: No se puede poner música.

Carlos: ¿Por qué no?

Miranda: Hay un cassette que lleva toda la vida metido en el reproductor. Mi papá lo grabó como a los veintitantos. Siempre contaba esa anécdota: No tenía trabajo así que no podía comprar discos. En su casa, de todos modos, mi abuelo era muy estricto con la música que se escuchaba: “puras rancheras, nada de esa música de maricones peludos”. Se dedicó a buscar en todas las estaciones de radio las canciones que quería grabar por días y noches. Tenía una lista que borraba y corregía. Un día despertaba y prefería una canción así que tachaba alguna otra.

Cuando lo logró, se convirtió en el único cassette que escuchaba. Compró el coche y lo dejó en el estéreo hasta que un día quiso sacarlo y no pudo.

(Carlos enciende el estéreo y se escucha Anyway you want it de Journey).

Miranda: Pero como te podrás imaginar, estoy harta de esta música.

Carlos: Está chida.

Miranda: ¡No la soporto!

(Miranda apaga el estéreo).

Miranda: Años y años escuchando las mismas canciones una y otra vez. Me sé cada letra y cada acorde de memoria.

Pausa.

Miranda: Esa canción era su trofeo. Era la última de la lista. Es famosísima, pero no daba con ella. Había pensado en grabar algunas otras, pero siguió buscando y buscando... hasta que de pronto comenzó. Cada vez que la escuchaba sonreía satisfecho, como diciendo “qué suerte tuve”.

(Carlos enciende el estéreo nuevamente, Miranda lo apaga de inmediato).

Miranda: ¡Deja ya!

(Carlos ríe. Suena el teléfono de Miranda. Ella contesta).

Miranda: ¿Bueno...? Sí, bien tía ¿y usted?... Ajá... Ah... ¿De veras?

(Enciende la radio y comienza a cambiar la frecuencia, se detiene en una estación).

Reportera (En la radio): Un robo perturbador ha puesto en alerta a las autoridades locales. Una tumba del panteón municipal fue saqueada la madrugada de este viernes y el cadáver ha desaparecido. La policía detalló...

Miranda: No... No, sí, qué terrible... ¿Qué? ¿Por qué iba yo a saber algo? ¡Pues claro que no, tía...!

Policía (*En la radio*): No pos ora sí que es una situación difícil de prevenir o evitar por parte de nosotros y no le entendemos el sentido o el interés. Está muy difícil...

Miranda: ¡Pues demándelos! ¡Demándelos, tía! Un panteón donde se les pierden los muertos y le preguntan a la cuñada a ver si sabe algo ¡Qué pinche bonito! ¡Qué pinches profesionales...!

Reportera (*En la radio*): El sepulturero del panteón declaró lo siguiente...

Sepulturero (*En la radio*): Pues nomás dicen que lo sacaron, dejaron un mugrero y voy a tener que limpiar. Dicen que se lo robaron pero pos... No sé pa qué. Yo me encargo de meterlos ahí, ¿pa'qué los voy a andar sacando? Más chamba pa'mí. Digo, ¿no?

Miranda: ¿Cómo que dónde estoy? ¿La policía...? No, no creo que sea necesario, tía. Digo, tarde o temprano tiene que aparecer ¿no? Que no tía, no hace falta. Ah, ¿ya les habló? Sí, estaré al tanto. (*Cuelga*).

Policía (*En la radio*): Efectivamente, vamos a reforzar lo que viene siendo la vigilancia en lo que vienen siendo las carreteras y los caminos. ¿Pistas? No, ninguna todavía. Sabemos que el muerto perdió uno de sus zapatos, porque quedó a un lado del ataúd. Por lo pronto lo que nos queda es revisar las cámaras.

Carlos: ¡Van a vigilar las carreteras! Ay no, ay no, ay no...

Miranda: No empieces.

Carlos: Van a ver este pinche carro que traes y te van a llevar a la cárcel. Tiene un madrazo en una puerta ¡Es super reconocible!

Miranda: ¿Me van a llevar a la cárcel? ¿A mí?

(Pausa).

Carlos: ...¡Nos van a llevar! Porque te estoy acompañando y soy cómplice y, y, y...

Miranda: ¡Ya basta!

Carlos: Si nos para un policía le voy a decir que me secuestraste y que yo no quería venir y...

(Miranda frena de golpe)

Miranda: Ya estamos juntos en esto, ¿entendido? y ya escuchaste las noticias. Necesito pedirte un favor...

Carlos: ¡Nada de favores! Mi función en este viaje es la de poner música y...

Miranda: Van a revisar las cámaras, sabrán cómo está vestido...

Carlos: Voy a vomitar...

Miranda: ¡O me ayudas o nos carga la chingada a los dos!

Reportera *(en la radio)*: La pregunta que aquí todos se hacen es ¿Quién está detrás de este peculiar robo? Y ¿Cuál es el propósito del macabro hurto? Ante la falta de respuestas, las especulaciones han corrido como pólvora por el panteón.

Sepulturero *(en la radio)*: Pues yo pienso que ha de ser algo de los satánicos. Esos satánicos con sus rituales van a destruir el mundo algún día.

Carlos: ¿Qué tengo que hacer?

ESCENA CUATRO

Miranda sigue al volante viendo ocasionalmente por el retrovisor a Carlos, quien está en el asiento trasero con el padre cambiándole el traje por su ropa. Miranda cabecea de vez en cuando, debido al cansancio.

Miranda: ¿Cómo vas?

Carlos: Un poco lento, no coopera mucho que digamos.

Miranda: Tal vez si le pides por favor.

Carlos: *(Imitando)* Tal vez si le pides por favor.

(Silencio).

Carlos: Oye... ¿y cómo murió?

(Silencio)

Miranda: Un infarto.

Carlos: ¿Cómo fue?

Miranda: No lo sé. Yo estaba en la escuela. Me llamó un compañero suyo del trabajo para que fuera a verlo al hospital. Cuando llegué ya era tarde. *(Pausa)*. La gente se va de repente. En la mañana desayunamos juntos y me llevó a la escuela en este mismo coche.

Carlos: No me lo imagino. *(Pausa)* ¿Hace cuánto fue que...? ¿Recuerdas esa semana que dejaste de ir a la secundaria? ¿Qué año era?

Miranda: Segundo.

Carlos: Me quedé solo en todos los recreos. Cinco recreos dando vueltas por el patio sin saber qué hacer ni con quién ir. Le pregunté a todo mundo si sabían de ti y ya sabes, o me ignoraban o me decían que no sabían o... nada. Luego, el lunes, apareciste. Te sentaste en la misma silla de siempre junto a mí y no hablaste durante mucho tiempo.

Miranda: Sí...

Carlos: ¿Qué te hizo romper ese silencio ahora?

Miranda: ¿Cómo?

Carlos: No sé. Pero te conozco. Hay algo en tu silencio. Lo hubo durante las semanas que duró aquel... y durante los pocos días que duró este. Luego se fue rompiendo. Un día, lo entendí todo. Mi mamá me lo contó cuando llegué a casa. Había hablado con tu papá. Pensé que debí entenderlo antes. No supe cómo sentirme. Yo nunca he pasado nada igual y...

Miranda: ¿A dónde quieres llegar?

Carlos: No sé.

(Pausa)

Carlos: Creo que entiendo cómo es cuando alguien se va.

Miranda: ¿Ah, sí? ¿Y cómo?

Carlos: Mi papá también se fue...

Miranda: Es distinto.

Carlos: De todas formas no lo he visto en años.

Miranda: No es lo mismo. Éramos niños. Teníamos ¿qué? ¿13 años? A esa edad no se comprende lo que es morir. Bueno, al menos yo no lo comprendía. Estaba tratando de entenderlo. La idea de que es para siempre no cabe en la mente. Se dicen cosas como “nos vemos en otra vida”...

Carlos: Quizá sí. ¿No crees?

Miranda: ¿Qué?

Carlos: Los volverás a ver.

Miranda: Quiero pensar que sí, pero... no tiene caso pensar en esas cosas. Quizá estén juntos ahora.

(Silencio. Miranda pierde la vista en el camino frente a ella. Carlos termina de vestir al padre).

Miranda: A veces pienso que fue lo mejor. Una muerte rápida, sin tiempo para pensar, sin despedidas, sin llanto... no como la de ella...

(Pausa).

Miranda: ¿Esa es la mejor playera que tienes?

Carlos: Me gusta mucho, me debes una igual.

Miranda: A ver si no llama la atención. Un hombre de cincuenta años vestido así.

Carlos: Se ve chido.

Miranda: Se ve ridículo.

(Miranda bosteza. Estaciona el auto en una tienda a la mitad de la nada y baja del coche).

Carlos: ¡Oye! ¿A dónde vas? ¡Oye!

(Carlos baja también).

Miranda: Por un café. ¿Quieres algo?

Carlos: Voy contigo.

Miranda: No, quédate en el auto.

Carlos: Necesito estirar las piernas.

Miranda: Quédate en el auto. Necesito que cuides a mi papá.

Carlos: Ya son muchos favores, ¿no?

Miranda: Yo soy la que maneja, yo soy la que no ha dormido en días. Yo soy la que desenterró el cuerpo. Quédate en el auto. Es lo único que pido. *(Silencio)*. ¿Qué te traigo?

Carlos: Agua, por favor.

ESCENA CINCO

Carlos sentado en el asiento del piloto. Enciende el estéreo y se reproduce el cassette. Comienza a sonar "Eyes without a face" de Billy Idol. Mira el camino y ocasionalmente se fija en el cuerpo inmóvil del padre por el retrovisor. Mira el camino de nuevo, nervioso, prestando atención a la música de vez en cuando y luego perdiéndose en sus pensamientos. Mira otra vez por el retrovisor y el cuerpo del padre no está. No quiere mirar atrás pero trata de convencerse de hacerlo. De pronto, la voz de un hombre rompe el silencio.

Cadáver: Carlitos, ¿puedes subirle al volumen? Es de mis canciones favoritas.

Carlos: ¡Mirandaaaaaa!

Cadáver: Eh, Carlitos. Carlos, nomás súbele al volumen tantito. ¡Pinche Carlos, ya cálmate! *(Comienza a toser violentamente)*.

Carlos: ¡No, no, no! ¡Déjeme en paz! *(Trata de abrir la puerta pero sus manos nerviosas no se lo permiten).*

Cadáver: ¡Que te calmes ya, cabrón! *(Silencio. El padre tose un poco más. Billy Idol canta. Carlos no deja de temblar).*

¿Me pasas uno de esos perfumes que trajo mi hija? El que más te guste. ¡Ándale! ¡No seas maricón! Como que ya anda apestando aquí. *(Ríe. Carlos no se mueve).* Oh, que la chingada. Yo lo agarro, pues. *(Pasa al asiento de copiloto y saca un frasco de la guantera. Se empieza a rociar).*

¡Flores! ¡Lilas! Yo le regalé este cuando cumplió 17. Soy muy hombre, pero vaya que sé escoger perfumes. Apréndetelo Carlitos, cosas como esas les gustan a las mujeres. ¿No te parece que esta fragancia va muy bien con mi hija? Con su carácter, pues. Es fuerte. Puede ser sutil si se rocía adecuadamente. ¿Huelo bien? Te estoy preguntando algo, Carlitos, que si huelo bien.

Carlos: *(Mirando por la ventana).* Sí, señor.

Cadáver: ¿Señor? ¿Pos qué te traes? Si antes me hablabas de tu. ¿Qué no hay confianza, Carlitos? ¿O qué chingados? Uff, aguantame tantito, ahí va la mejor parte. *(Sube el volumen y canta. Toca la guitarra con el aire),* When you hear the music, you make a dip, into someone else's pocket then make a slip! Steal a car and go to Las Vegas, Ooh, gigolo pool! *(Tose violentamente de nuevo).* Que buena rola, chingado. Cómo no. ¿Ya la habías escuchado? ¿Tú sabías que en el coro hay unas mujeres que cantan en francés? Yo llevaba mucho tiempo escuchándola y no lo sabía, hasta que

mi Mariana me lo dijo. Ella era muy culta; sabía idiomas y toda la cosa. ¿Y ‘ora?
¿Por qué me ves así? ¿No te gusta Billy Idol? ¿No es de tu onda?

Carlos: Sí, señor, es que...

Cadáver: ¿Qué?

(Silencio).

Cadáver: ¿Quéeee?

Carlos: Pues que usted está muerto.

(Silencio largo. El padre se queda pensativo y luego irrumpe).

Cadáver: ¡Uta! ¿Y a poco nomás por eso ya me dices “señor”? Si quieres ahorita mismo me vuelvo a morir ¿eh? *(Ríe)* Ah, que Carlitos este, ¿a poco te da miedo? No parecías tan coyón cuando ibas a la casa. Órale, mírame bien, pues. ¡Mírame...!
¿Ves? ¿Qué te cuesta, cabrón?

Carlos: Señor...

Cadáver: ¿Qué? ¿Qué tengo o qué?

Carlos: Es más bien lo que no tiene... le faltan los ojos.

(El cadáver, extrañado, se mira en uno de los espejos retrovisores).

Cadáver: ¡Ah, cabrón! ¡Sí me faltan! *(Ríe)*. No pos qué se le va a hacer.

Carlos: ¿Esto es un sueño?

Cadáver: No lo sé, Carlos. Para mí también es muy difícil entender todo esto de la muerte. No me puedo mover como antes, tengo más frío de lo normal y me acabo de dar cuenta de que me faltan los ojos. Lo peor fue cuando estuve enterrado esos dos o tres días, ya ni supe. Se pierde la noción del tiempo entre tanto silencio y

oscuridad. Eso sí, aproveché esa soledad para pensar en mi vida... Fue deprimente. Siempre es deprimente pensar en el pasado, más cuando ya no hay futuro. Ay, que filosófico me puse. Pero bueno, ¿qué vas a saber tú de eso, verdad? Estás chavo.

(Saca un cigarro de la guantera y fuma). ¿Qué? ¿Qué puede hacerme esta chingadera? Lo bueno es que ya estoy con ustedes. Que bueno que vamos a mi San José Agustín querido. Te va a gustar. Cuando acaben conmigo pueden ir a la plaza del pueblo y comerse unos taquitos con doña Susana. Díganle que van de mi parte, se ha de acordar de mí. Cada vacación íbamos y nos daba servicio especial. Su puesto está a dos cuerdas de la plaza, por la calle...

Carlos: Yo creo que nos vamos a regresar en cuanto lo enterremos a usted, pero muchas gracias.

Cadáver: ¿Ah, de verdad? Bueno, pues ustedes se lo pierden. San José Agustín es muy bonito, Carlitos. Tiene una playa chiquita en la que siempre jugaba cuando era niño, con una quebrada de la que me echaba clavados con mis hermanos. Las calles son empedradas y hay algunas casonas viejas con balcones para serenata. Dicen que ahí fue campamento de algunos batallones en la revolución. Uff y la plaza, pa'qué te digo. Como para ir con la novia y darle un beso en una banca bajo un farol a media noche. Yo mismo lo hice en su tiempo, cuando Mariana vino conmigo al pueblo por primera vez... Mi Mariana... ¿A poco no te gustaría andar así con la Miranda?

Carlos: ¿Cómo? ¿Miranda? ¿De qué habla?

Cadáver: Vivo o muerto uno sabe esas cosas. Es una intuición que se trae, pues.

Carlos: No, no. No es eso.

Cadáver: ¿Y entonces qué? ¿Muy amiguitos nomás?

Carlos: Pues sí, cómo ve. Nomás amiguitos.

Cadáver: Ay, Carlos... A ver, eres un buen muchacho y todo pero yo sé que m'hija te trae loco, pues. Me acuerdo de cuando hacían la tarea en la casa. Las miraditas que le echabas y todo. No tiene nada de malo, Carlitos. Está bonito, ¿no? Dichoso tú que puedes vivirlo. Además están en la edad. Digo, ya poniéndonos serios a mí me gustaría que se fijara en un muchacho con más porte y más listo que tú ¿Verdad? no sé, por lo menos de mejor facha, pero pues es su decisión, qué le voy a hacer. 'Ora sí que ella es la que te va a aguantar. Eso sí, nomás no me le vayas a hacer daño. No lo demuestra mucho pero mi Mirandita es muy sensible.

Carlos: ¿Ella? ¿Sensible?

Cadáver: ¿A poco no? Si yo siempre temí por que no me la lastimaran. Ya ves, preocupaciones de padre.

Carlos: ¿No se puede morir otra vez, por favor?

Cadáver: Oh que la... Está bueno, pues. ¡Ah! ¡Pero ni se te ocurra decirle a m'hija que hablaste conmigo! ¿Eh?

Carlos: ¿Por qué no?

Cadáver: No queremos que piense que estás loco. No me la vayas a asustar.

Carlos: No diré ni una palabra.

Cadáver: Bien. ¡Ah! Y otra cosa. Si lastimas a mi hija, aunque sea un poquito... Te voy a jalar las patas en la noche. *(Silencio)* ¡Aaaaaah! ¡Te engañé! No te creas, Carlitos. Ya me voy para atrás.

(Carlos ríe nerviosamente y cierra los ojos desesperado. En la radio solo hay estática. El sonido de la radio sube y baja de volumen en los oídos de Carlos. Miranda lo trae de vuelta a la realidad arrojándole una botella de agua).

Miranda: ¿Qué te pasa?

Carlos: ¡Ay!

Miranda: ¿Qué onda con la radio?

Carlos: ¿Qué?

Miranda: La estática.

Carlos: No sé...

Miranda: ¿Y ese olor?

Carlos: Ah... tu papá empezó a apestar.

Miranda: Ese no, ¿estabas fumando?

Carlos: Ah...

Miranda: No sabía que fumabas.

Carlos: Nomás poquito.

Miranda: ¿Le echaste perfume? Ese me lo regaló a los 18.

Carlos: ¿No que a los 17?

Miranda: Es verdad. ¿Cómo sabes?

Carlos: Pues... tú ya me habías dicho.

Miranda: Hazte para allá, pues. Vámonos de una vez.

(Ella entra en el coche).

Carlos: Miranda, ¿sabes qué pasa con los ojos de los muertos?

Miranda: ¿Qué pasa?

Carlos: No sé... te pregunto... ¿Crees que los muertos conserven los ojos al morir? ¿Cuánto tiempo permanecen en sus cuencas?

Miranda: ¿Por qué lo preguntas?

Carlos: Pues, por...

Miranda: ¿Pura curiosidad?

Carlos: Sí. Es nada más curiosidad.

Pausa.

Miranda: Mejor olvídate de ello.

Carlos: Me olvido, me olvido. Sí, me olvido.

ESCENA SEIS

El coche estacionado afuera de un restaurante de paso. Carlos y Miranda comen sentados en el cofre. El padre está adentro.

Carlos: ¿Dónde vivirá la gente que trabaja en estos restaurantes a la mitad de la nada?

Miranda: En el pueblo más cercano.

Carlos: Pero el pueblo más cercano está como a veinte kilómetros, ¿no?

Miranda: No tengo idea, ¿por qué no entras y les preguntas?

Carlos: Mejor no. Ya era hora de que estirara las piernas.

Miranda: Lo mejor era comer mientras manejábamos. Más vale que nadie nos vea.

Carlos: Ningún policía pasa por aquí. Es tierra de nadie. Además le puse unos lentes, así sí parece dormido. *(Lo miran)* ¿Ves? Mucho mejor.

Miranda: Ya cállate.

Carlos: ¿Tú qué pediste?

Miranda: Qué te importa.

(Una figura entra por la puerta trasera y se sienta junto al padre. Ellos no lo ven. No se le ve el rostro, solo se le distingue por llevar un gato en el hombro, con el que juega un poco).

Miranda: ¿Sabes en qué he estado pensando últimamente?

Carlos: ¿En qué?

Miranda: En que siempre he querido tener un gato.

Carlos: Pensé que no te gustaban.

Miranda: ¿Por qué?

Carlos: Pues por el gato que vivía en la escuela, ¿te acuerdas? Al que le aventabas piedras.

Miranda: Ay, era una niña.

Carlos: Eso sí.

Miranda: Bueno, sí tuve uno, por poco tiempo...

Carlos: ¿Cuándo?

Miranda: En la secundaria. En segundo. Pero escapó.

Carlos: ¿Por qué piensas en eso ahora?

Miranda: No sé... pienso en la muerte y luego pienso en frivolidades. ¿No te pasa? Que un pensamiento te lleva a otro y quisieras no tenerlo pero no puedes; tu mente piensa así y ya. Supongo que estoy nostálgica.

Carlos: ¿Por qué no tienes uno ahora?

Miranda: Ya no quiero. Son traicioneros.

Carlos: Ganarse el cariño de un gato es increíble. Cuando un gato viene a ti y te busca para que le hagas cariños, cuando quiere dormir contigo y cuando llegas a casa y te recibe con sus maullidos...

Miranda: Mi mamá nunca me dejó tener mascotas, pero cuando murió, mi papá llegó un día con uno bebé. Tendría dos o tres meses, quizá. Sus ojos eran verdes como los de ella. Tenía el lomo café y el pecho blanco. Una mañana, camino a la escuela, lo encontré atropellado a un lado de la avenida. Por lo menos la persona que lo atropelló tuvo la bondad de apartarlo del camino para que su cuerpo no terminara deshecho.

Carlos: El gato de la escuela, ¿no era café también?

Miranda: Carlos, necesito pedirte un favor.

Carlos: ¿Otro?

Miranda: Sí y escucha bien. Cuando lleguemos a San José Agustín y todo termine, daremos media vuelta y volveremos. Sin hablar. Sin hacer preguntas. Sin decir ni una sola palabra sobre la muerte.

Carlos: Entendido.

(Silencio).

Miranda: ¿Y tú?

Carlos: ¿Yo qué?

Miranda: A ti no se te ha muerto nadie, ¿verdad?

Carlos: Cuando era niño maté a mi hámster.

Miranda: ¿Cómo?

Carlos: Algunas tardes sacaba su jaula al patio para que le diera el sol. Un día lo olvidé y cuando volví estaba echado boca arriba, enseñando los dientes.

Miranda: Dicen que los niños que matan a sus mascotas tienen tendencias psicópatas. ¿Eres un psicópata?

Carlos: Fue un accidente y lloré por días.

Miranda: Es bueno saber que si un policía nos ataca se te puede salir lo psicópata y lo matas.

Carlos: Cállate.

Miranda: Lo dejas en el sol hasta que quede patitas arriba.

Carlos: ¡Cállate!

(Miranda ríe)

Miranda: Oye, gracias por venir.

Carlos (*molestándola*): ¿Qué dijiste?

Miranda: Nada, que no estés chingando.

Carlos: Acabas de agradecerme.

Miranda: Aún queda camino. Me retracto. Si no eres una carga, al final te doy las gracias. Termina de comer.

(Entran al coche. La figura en el asiento trasero se esconde).

ESCENA SIETE

En el auto, andando por la carretera. Silencio. Carlos y Miranda miran el camino, el padre parece dormir. Finalmente, la figura rompe el silencio.

Fantasma: ¿Y bien, a qué hora llegamos?

(Miranda y Carlos voltean asustados. Silencio).

Miranda: ¿Cómo de que a qué hora?

Fantasma: Ya llevamos bastante viajando ¿no?

Miranda: Un rato, sí.

Fantasma: Ya huele un poco a mar... el aire se empieza a sentir húmedo.

Carlos: Eh... ¿quién es este?

Miranda: ¿Quién?

Carlos: ¿Cómo de que quién?

Miranda: ¿Ah, él?

Fantasma: Mucho gusto. No se preocupe por mí, yo solo vengo a cumplir una tarea.

Carlos: ¿De qué está hablando?

Fantasma: Verá, no es común que los muertos vuelvan a la vida. Ha ocurrido en algunas otras ocasiones, pero para eso estoy yo; para asegurarme de que las cosas sigan su orden natural. *(Al padre)* Señor, basta de hacerse el dormido. Ya todos sabemos que está vivo.

Miranda: ¡Carlos...!

Carlos: Tu papá habló conmigo cuando bajaste a la tienda.

Cadáver: ¡Cállate, cabrón! ¡Te dije que no le dijeras!

Miranda: ¡Papá!

Cadáver: ¡Hija!

Carlos: ¡Miranda!

Fantasma: ¡Qué divertido! De todas las ocasiones en que nos hemos encontrado esta es la mejor.

Cadáver: No me lleve todavía. Todavía no. Ya estamos cerca, ¿verdad?

Miranda: Un poco, falta poco...

Carlos: ¿Llevarselo a dónde?

Fantasma (A Carlos): Conozco ya a Miranda y al señor pero no a usted, ¿cuál es su nombre?

Carlos: Carlos.

Fantasma: Un gusto. ¿Y usted qué hace viajando con esta muchacha?

Miranda: No hables con él.

Fantasma: ¿Por qué hace esto, señorita? Es algo cansado, difícil recorrer casi todo el país en busca de un pedazo de tierra donde depositar un cuerpo. Es, de cierta

manera, como si no bastara cualquier pedazo de tierra, habiendo tantos en el camino. Es... inverosímil. ¿Qué tiene de diferente un pedazo de tierra a otro?

Miranda: Pensé que no nos alcanzarías.

Fantasma: Pensaste mal. A mí no me importan las deudas pendientes. *(Habla con el gato en su hombro)*. ¿Ah, qué dices? Sí, le diré. Miranda, dice mi amigo felino que te quiere mucho.

Miranda: Déjame en paz.

Carlos (Al fantasma): ¿Eres policía?

Fantasma: Tú eres la que debería dejarme en paz. Es cansado para mí también, ¿sabes? Preferiría estar haciendo cualquier otra cosa que andarte siguiendo. *(Al padre)* Y usted no me tiene muy contento que digamos, ¿eh?

Cadáver: ‘Ora, ¿pos yo qué hice?

Fantasma: Payaso. Acabemos con esto de una vez. Aquí nos bajamos.

Cadáver: No, pos qué pasó.

Miranda: No te lo vas a llevar. Déjame cumplir lo que prometí.

(Las luces de una patrulla se vislumbran a lo lejos. Luego se escucha la sirena).

Carlos: ¿Vienen por nosotros?

Miranda: Actúa natural, actúa natural...

Carlos: ¿Con un muerto que habla?

Miranda: Tal vez buscan a otro coche.

Carlos: Sí, ¿verdad? Como hay tantos autos en esta carretera...

(La sirena y las luces se intensifican).

Carlos: Miranda, ya vienen, ya vienen.

Miranda: Ponte el cinturón. ¡Papá, el cinturón!

Carlos: ¿No estarás pensando en...?

Cadáver: Hija, tranquila, yo me vuelvo a dormir y ya está...

(Miranda acelera, una persecución).

Fantasma: ¡Frena este coche!

Carlos: Ay, me muero, ¡me voy a morir!

Miranda: Yo dije que te dejaba en tu pueblo y te voy a dejar. Ni la policía ni este maldito te van a llevar. No me interesa nada más.

Carlos: ¡Por lo menos deja que me baje!

Miranda: ¡No! Estamos juntos en esto.

(Velocidad, vueltas, miradas por el retrovisor y la sirena que no deja de sonar).

Carlos: Hace frío... Está oscureciendo.

Miranda: Estamos cerca, estamos cerca...

Fantasma: Yo vendré después.

(El fantasma desaparece).

Cadáver: Cerca, hija, hay una curva, ¿la recuerdas? Luego el camino se bifurca. ¡Ve por la derecha!

Miranda: San José está a la izquierda.

Cadáver: Ya iremos mañana, no hay prisa.

Miranda: ¡Sí la hay!

Cadáver: Tienes que perderlos.

(Un fuerte volantazo a la derecha y luego frenan por completo. Las sirenas y las luces se alejan cada vez más. Se ocultan tras un desnivel a un costado de la carretera).

Carlos: ¿Ya... ya se acabó?

Miranda: Ya. Abre los ojos.

(Silencio).

Miranda: Podemos quedarnos aquí hasta que amanezca. No creo que nos vean entre tanta hierba.

(Carlos baja del coche).

Miranda: ¿Y ahora? ¿qué le pasa?

ESCENA OCHO

Carlos y Miranda sentados afuera del coche, recargados en la puerta de copiloto y piloto respectivamente. El padre duerme adentro.

Carlos: Pensé que iba a morir... Me pudiste matar. A todos... bueno, a casi todos. Nos pudiste matar.

Miranda: Lo siento.

Carlos: No, no es verdad... Nunca debí venir... Tengo frío.

Miranda: Entra al coche.

Carlos: ¡No quiero!

Miranda: Yo también tengo frío...

Carlos: No sabes el susto que pasé cuando tu papá comenzó a hablarme. Dime la verdad, ¿tú sabías que tu papá podía hablar? ¿Todo eso de que apareció en tu sala y te enseñó una foto... de verdad fue un sueño?

Miranda: No... no fue un sueño.

(Silencio).

Miranda: Y tampoco es la primera vez que veo a ese... fantasma. Cuando mi mamá murió, lo vi por primera vez. Ahora que murió mi papá, pensé que se aparecería nuevamente. Fue ayer cuando escuché ruidos en la sala. Pensé que sería él, pero no. Bajé las escaleras y ahí estaba mi papá. Sentado en su sillón. Estaba tratando de poner un disco en el estéreo. Cuando me vio, lo único que hizo fue mostrarme esta foto. *(Le muestra la fotografía).*

Carlos: ¿Ese es tu papá?

Miranda: Sí... ¿ya viste cómo sonríe?

Carlos: Pero cuando llegaste a mi casa estabas cubierta de tierra... ¿No lo desenterraste tú?

Miranda: Me quedé paralizada por mucho tiempo y después corrí a abrazarlo. Limpié su ropa como pude y lo subí al coche. Entonces fui a tu casa.

Carlos: ¿Y por qué no me lo contaste?

Miranda: ¿Crees que lo hubieras entendido?

Carlos: Lo hubiera intentado.

Miranda: No hubieras podido.

Carlos: ¡Merecía saberlo! Me dejaste solo con tu papá en el coche y me habló. ¡Me habló! ¡Pensé que estaba loco! Pensé que estaba soñando. Mil pensamientos me cruzaron la cabeza para tratar de explicarme qué estaba pasando pero ninguno me convenció. Tu papá me amenazó si te lo contaba y luego traté de olvidarme de ello pero... Me trajiste a un viaje a la mitad de la nada con tu padre muerto y...

Miranda: Pensé que guardaría silencio.

Carlos: Yo lo recordaba más serio.

Miranda: Lo siento, Carlos...

(Silencio).

Carlos: Creo que estoy muy cansado...

Miranda: Yo solo quería ayuda... Mi papá y tú se llevaban bien.

Carlos: Sí...

(Silencio).

Carlos: ¿Sabes qué me duele? Llevo más de un día fuera de la casa, estoy del otro lado del país y ni siquiera me han hecho una llamada. Bien podría morirme y nadie se preocuparía por mí. Bueno, yo pensaba que tú sí.

Miranda: No exageres.

Carlos: Siempre lo pensé. Por eso quería estar ahí para ti. Por eso nunca me molestó tu ausencia o la forma en que me tratabas. Todos los días o semanas que no aparecías ni me escribías. Cuando faltabas a clase era el único en notarlo y cuando aparecías era el primero en acercarme... ¡Ni siquiera cuando me mostraste

el cadáver de tu padre en tu coche te dejé de lado! ¡Cualquier otro se hubiera dado media vuelta!

Miranda: ¿Y por qué no lo hiciste?

Carlos: ¿Debí hacerlo? ¿Quieres quedarte sola?

Miranda: Sí... No sé.

Carlos: En cuanto amanezca yo me largo de aquí. Algún camión pasará.

Miranda: Perfecto. Te mandaré una postal de San José Agustín.

Carlos: Si llegas.

Miranda: ¡Voy a llegar!

Se acuestan para intentar dormir.

ESCENA NUEVE

Casi amanece. Miranda duerme. Carlos está despierto. El padre se asoma por una ventana del coche.

Cadáver: Carlos... Carlitos. ¡Eh, pinche Carlos!

Carlos: ¿Qué pasó, señor?

Cadáver: ¡Que no me digas señor! ¿Y luego? ¿Qué pasó con ustedes?

Carlos: No mucho...

Cadáver: Abrácense, hace frío, ¿por qué andan tan separaditos? ¿Lleva mucho dormida? La pobre no ha dormido nada en días. Han de ser sus primeras horas de sueño en mucho tiempo... ¿Pos tú qué traes, Carlos? Contéstame, wey.

Carlos: Me voy a ir, señor. Yo me regreso a mi casa. Le deseo suerte. Ojalá que llegue a San José Agustín.

Cadáver: ¿Y eso por qué, Carlitos? ¿No quieres venir? Te lo juro, el pueblo está bien chulo. Pueden ir a la playa.

Carlos: No, señor. No es eso...

(Silencio).

Cadáver: Ah... ya entiendo. Yo pensé que ustedes dos se querían. Que eran amigos.

Carlos: Yo también.

Cadáver: No se dejen abajo. Si se quieren no se vayan a soltar. La vida es dura, chingado. Hay que estar con quienes se quiere.

Carlos: A veces siento que nadie ve las cosas buenas que hago... bueno, ni las cosas malas. Que podría desaparecer y todo seguiría igual.

Cadáver: Eso no es verdad.

Carlos: ¿Ah, no?

Cadáver: No. Yo las veo. Sé que ella también. Pero la conozco y te lo dije: es muy sensible, nomás que se hace la que no. La ha tenido difícil y sé que tú también.

Carlos: Todos la tenemos difícil.

Cadáver: Y por eso hace falta que se acompañen, chingado. *(Silencio).* Carlos, si no quieres venir al pueblo, lo entiendo. Ya has hecho demasiado. A veces también se necesita descansar de los amigos, estar con uno mismo.

Carlos: A veces... a veces sí. Pero yo siento que estoy conmigo mismo todo el tiempo.

Cadáver: No es cierto. ¿Y luego yo?

Carlos: Usted está muerto.

Cadáver: ¿Y aquí estoy, no? Platicando contigo. Fíjate nomás lo mucho que me has de importar, cabrón, como para venir a escucharte hasta petateado.

Carlos: Yo no lo recuerdo a usted tan platicador, oiga.

Cadáver: ¿Cómo no? Si siempre he sido así. Nomás que tú me conociste más serio. Aunque eso sí, me quedé con muchas cosas por decir. Te quiero, Carlos. Gracias por estar ahí para mi hija.

Carlos: Gracias... gracias, yo a usted también lo quiero.

Cadáver: Ahora, ¿no te gustaría dejar el orgullo de lado y subirte al coche?

Carlos: Pues sí. Creo que acabo de ver un alacrán.

(Una patrulla se escucha a lo lejos y cada vez más cerca).

Cadáver: Pues súbete de una vez, que ya regresaron...

(Carlos sube al asiento trasero).

Carlos: ¿Y Miranda?

Cadáver: Hija... ¡Hija! Está bien dormida.

Carlos: ¿Y ahora qué?

(El cadáver sube a Miranda al asiento del copiloto).

Cadáver: ¿Pues qué de qué? ¿No sabes manejar?

Carlos: Nomás automático.

Cadáver: ¡Hija! ¡Hija!

Carlos: ¿Y si le echo agua?

Cadáver: No, no, déjala. (*Toma el volante*). ¿Te gusta el rock?

Carlos: Eh, sí. Algo.

Cadáver: Menos mal.

(*El padre enciende el estéreo y suena Any way you want it de Journey*).

Cadáver: ¡Vámonos!

(*Acelera, una persecución*).

Carlos: ¿Y cuál es el plan?

Cadáver: ¡Primero que le pongas el cinturón! Y luego a la izquierda, a San José Agustín.

Miranda: (*Despertando*) Papá... ¿Papá? ¿Qué pasa?

Cadáver: Que ya nos vamos, hija, que esos culeros ahí vienen.

Miranda: ¡Papá!

Cadáver: ¡Hasta luego, cerdos!

Carlos: ¡Me voy a morir!

Cadáver: Mira nomás, como en los viejos tiempos. Imagínate que te estoy llevando a la escuela.

Miranda: ¿Qué haces?

Cadáver: No sé, ya me hacía falta un poquito de emoción.

Carlos: ¡Ya son dos! No... ¡Tres patrullas!

Cadáver: ¿Pues qué les hiciste?

Miranda: ¡Yo nada!

Cadáver: ¡Nunca me atraparán vivo! *(Canta)* Any way you want it, that's the way you need it, any way you want it!

Miranda: ¿A dónde estás yendo?

Carlos: ¡Me voy a morir, me voy a morir!

Cadáver: San José Agustín queda a unos cuantos kilómetros. ¡Mira la playa!

Miranda: ¿Cómo puedes saberlo? Los paisajes se repiten por las ventanas...

Cadáver: Conozco mi pueblito y cómo llegar a él. ¡Está preciosa!

(Disparos).

Miranda: ¡A la mierda!

Cadáver: ¡Agáchense!

(El padre trata de esquivar. Una bala le da en el hombro).

Cadáver: ¡Ay, ay, ay! ¡Estoy herido! ¡Que dolor!... ¡Ah! ¡No es cierto! Los asusté, ¿a poco no?

Carlos: ¡Tu papá está loco!

Miranda: ¡Nunca como hoy!

Cadáver: Que bonita está la playa, chingado...

Miranda: ¡Papá, el camino!

Cadáver: ¡Ah, de veras!

Carlos: ¡No me quiero morir!

Cadáver: ¡Cálmese, cabrón! ¡No es pa' tanto! Hija, ¿ves esa desviación? Es la última antes de San José Agustín. ¿quieren ver algo chingón? ¡No se levanten, no hace falta!

(El cadáver da un giro violento con el volante en el solo de guitarra. Las patrullas no se lo esperan y chocan).

Cadáver: ¡A huevo, chingado!

Carlos: ¡Qué chingados!

Miranda: ¡Lo hiciste!

Cadáver: ¡De alguien tenías que sacar ese talento para manejar! Acá entre nos, tu mamá nunca fue muy buena...

Miranda: ¡Papá!

Carlos: ¿Me voy a morir?

Cadáver: ¡Mira para atrás, Carlitos! Así es como hay que lidiar con la autoridad.

Carlos: ¡Claro, como usted ya no tiene nada que perder!

Cadáver: ¡Pues algo de razón tienes, eh! *(A Miranda)* ¡A ti que ni se te ocurra hacerlo! ¡Yo no te he enseñado eso!

Miranda: ¿Y qué cosa buena me has enseñado tú?

Cadáver: ¡No sea malagradecida con su padre!

Miranda: Papá, me siento muy cansada...

Cadáver: Claro, si llevas días y días sin dormir...

Miranda: No sé si puedo seguir con esto...

Cadáver: Aguántate tantito, que ya casi acaba el viaje. ¡Mira que bonito está el mar, tú que tienes los ojos llenitos!

Miranda: ¿El mar?... ¡Papá! ¡El camino!

Carlos: ¡El camino, señor!

Cadáver: ¡Ah, canijo!

Carlos: ¡Nos vamos a hundir!

(El coche se desvía hacia la playa y caen al agua. Carlos salta a tiempo).

Carlos: ¡Miranda!

(El coche se hunde por completo en el agua).

ESCENA DIEZ

Miranda en el asiento. No hay nadie más en el coche que ahora parece un ataúd. Aparece el fantasma, con el gato sobre su hombro.

Fantasma: ¿Pensaste que no me ibas a volver a ver?

Miranda: ¿Y mi papá? ¿Dónde está mi papá?

Fantasma: ¿Ni siquiera vas a saludarme?

Miranda: ¡Dime!

Fantasma: Tranquila...

Miranda: ¿Dónde está? ¡Estamos muy cerca! ¡No puedes llevártelo ahora!

Fantasma: Creo que acabo de hacerlo.

Miranda: ¡Escúchame!

Fantasma: Todas las cosas siguen un orden natural. Tu papá se salió con la suya. Es muy listo, sobre todo fuerte, pero nadie se escapa.

Miranda: No quiero que se escape...

Fantasma: ¿Ah, no?

Miranda: Solo tenía algo que cumplir.

Fantasma: Dime una cosa, ¿extrañas a mi amigo? (*Señala al gato, silencio*).

Miranda: Ya no.

Fantasma: ¿Segura?

(*Silencio*).

Miranda: A veces sí. Y me parece ridículo, porque han pasado años... También extraño a mi mamá. Y ahora extraño a mi papá. Voy a extrañarlos cada segundo que viva, aunque quizá no sea mucho tiempo. Me da miedo morir pero, no sé por qué siempre pienso en la vida como si estuviera a punto de terminar. Como si ya no hubiera nada más adelante para mí y todos mis sueños y las cosas que quiero hacer fueran simplemente ilusiones. Cada vez que me emociono con algo, que surge un nuevo plan, que pienso en mí dentro de cinco años... es como si nada de eso fuera a existir nunca.

Fantasma: No sé, yo no tengo planes de encontrarme contigo pronto. Es decir, de esa manera.

Miranda: ¿No depende de mí?

Fantasma: De cierta forma, sí. Pero sobre todo de mí. Algún día nos volveremos a encontrar, eso te lo aseguro, pero ese encuentro, espero, será diferente. Quizá hasta

te de gusto verme y nos podamos abrazar como viejos amigos. Si algo sé sobre la muerte, Miranda, y vaya que sé muchas cosas; es que no quiere hacer daño, ni poner triste a nadie. Se trata de aceptar las reglas del juego.

Miranda: ¿Cuál juego?

Fantasma: El de vivir.

Miranda: Hay algunas cosas que no quiero aceptar...

Fantasma: ¿Por ejemplo?

Miranda: Nunca más hablar con mi papá. Me quedé con mucho por decir...

Fantasma: Mira, no hago estas excepciones por nadie, pero una vez no hará daño.

(El cadáver aparece nuevamente).

Cadáver: ¡Miranda!

Miranda: ¡Papá!

Cadáver: Hija, no tenemos mucho tiempo. Tengo que despedirme.

Miranda: ¿Ahora? ¡Pero estamos tan cerca! ¡San José Agustín! ¡La plaza! ¡La playa fría! ¡El cementerio!

Cadáver: Se me hace que no vamos a llegar.

Miranda: Te fallé.

Cadáver: ¿Cómo me fallaste si lo has hecho todo por mí? Y no sabes cuánto te agradezco. ¿Te cuento un secreto? Yo también le tengo miedo a morir.

Miranda: Nunca me lo dijiste.

Cadáver: Hay cosas que uno se guarda porque no sabe cómo decirlas. Quizá debí contártelo alguna vez. La muerte siempre me pareció aterradora. Nunca en mis

cincuenta y tantos años pude superar ese miedo. Cuando tenía tu edad, no podía dormir porque me la pasaba soñando con el momento en que sería mi turno. Con el tiempo lo olvidé, crecí y la vida adulta me absorbió. Conocí a tu mamá, mi Mariana. Terminé la escuela, nos casamos... pero un día ese miedo se renovó. El día que tu mamá me dijo que ibas a nacer. Fue un día muy feliz. Recuerdo que hasta salté de la emoción pero al mismo tiempo me sentí... No pude evitar pensar que tú también tendrías que pasar por esto. Por la muerte. Tu mamá y yo te estábamos dando la vida y por lo tanto, estábamos dándote la muerte, ¿me entiendes? Me sentía sin derecho a hacerlo. ¿Quién soy yo para traer a alguien a este mundo a... sufrir?

Naciste. Comenzaste a crecer y yo cada día tenía miedo de que conocieras el mal que hay en el mundo. Trataba de alejarte de todo dolor, de toda pérdida, de toda herida. Tú, por otro lado, ignorando mis preocupaciones, sonreías. Vivías sin miedo. Querías intentarlo todo y no había nada que te detuviera. Me di cuenta de que el miedo era más mío que tuyo y que quizá, no tenía derecho a contagiártelo. Pero un día, todos mis temores desaparecieron. El día en que fuiste a la escuela por primera vez y cuando pasé por ti, subiste al coche y me dijiste emocionada: “¡Papá! ¡Hice un amigo!” ¿Te acuerdas de cómo se llama?

Miranda: Carlos...

Cadáver: No pude hacer otra cosa más que alegrarme por ti. Hiciste un amigo, todo valía la pena. Yo también hubiera deseado en tantos momentos haber borrado

el sufrimiento. No se puede. Es parte de la vida y por eso te pido perdón. Pero también lo es la amistad, lo es el amor, lo es la felicidad.

Miranda: ¿Y ahora qué tengo que hacer?

Cadáver: Hoy tienes que volver.

Miranda: Voy a extrañarte.

Cadáver: Todo pasará. Algún día te irás a dormir y te darás cuenta de que en todo el día no pensaste en mí. Soñarás con otras cosas menos conmigo. Y está bien. Todo estará bien. Además, no te quedas sola.

Miranda: No, tengo a Carlos.

Cadáver: Y te tienes a ti misma.

Miranda: Sí... creo que sí.

(Silencio. Se separan).

Miranda: Es mentira lo que le dije a Carlos en el coche. Me gusta mucho tu música.

Cadáver: Ahí tienes algo para recordarme.

Miranda: *(Al fantasma)* Adiós.

Fantasma: Hasta luego. No hasta pronto. Hasta luego.

(El gato sube a los hombros de Miranda)

Miranda: ¡Hasta luego!

(Oscuridad. El cadáver y el fantasma desaparecen. De vuelta en la playa. Miranda empapada de agua).

Carlos: ¡Miranda! ¡Miranda! ¡Despierta!

(Se abrazan).

ESCENA ONCE

En el cementerio de San José Agustín. Revisan las lápidas separados.

Miranda: ¿A qué hora sale el camión?

Carlos: En una hora... ¡Hey! ¿No es esta?

Miranda: ¿Cuál?

Carlos: Aquí, entre los arbustos. *(Miranda se acerca).* ¿Es esta no?

Miranda: Sí... es mi abuelo.

Carlos: ¿Segura?

Miranda: ¿Te parece un apellido común?

Carlos: Bueno, tienes razón. ¿Lista?

Miranda: Lista.

(Miranda graba un nombre en la lápida).

Carlos: ¿Deberíamos decir unas palabras?

(Silencio).

Miranda: No. Ya no hay nada que decir.

Carlos: Oye, alguien me dijo que en la plaza hay unos tacos buenísimos que tenemos que probar. Yo creo que sí alcanzamos.

Miranda: ¿Los de doña Susana?

Carlos: ¿Los conoces?

Miranda: Cada vez que veníamos, llegábamos con doña Susana.

Carlos: ¿Están buenos?

Miranda: Buenazos.

Carlos: Pues yo tengo hambre.

Miranda: Yo también. Y mucho sueño.

Carlos: ¿No te bastó dormir 12 horas?

Miranda: El hotel era muy incómodo.

Carlos: En ese caso pido el asiento junto a la ventana.

Miranda: ¡Eso no! Yo quiero ver el paisaje.

Carlos: ¡Vas a estar dormida!

Miranda: ¡Cállate! ¡La ventana es mía!

Carlos: ¡El primero en llegar a los tacos se la queda! (*Corre*).

Miranda: ¡Espérate, no contaste hasta tres! (*Salen*).

ESCENA DOCE

El padre y el fantasma escuchan juntos la radio en el coche. El padre trata de sintonizar una estación. Entre el sonido de la estática aparece la voz de una mujer.

Reportera (*En la radio*): Un sorprendente descubrimiento ha dejado a la comunidad de San José Agustín con los pelos de punta. Un cadáver fue encontrado en una de las playas del pueblo, aparentemente arrastrado por la marea.

Policía (*En la radio*): Se trata de un individuo del género masculino, aparentemente en los cuarenta y algo o cincuenta años de edad. ‘Ora sí que es algo que uno no espera, ¿verdad? Nos llegó un reporte de que un niño lo encontró cuando fue a jugar a la playa y pues de inmediato nos movilizamos.

Niño (*En la radio*): Estaba jugando... y como que vi algo que venía del agua, así como un bulto... y pues fui a ver y era un señor...

Reportera (*En la radio*): Las autoridades de San José Agustín encontraron pedazos de un vehículo cerca del hallazgo, por lo que especulan que el hombre cayó al agua accidentalmente al conducir. Tras llevarse a cabo las investigaciones, el cadáver será enterrado en el cementerio del pueblo para que tenga un descanso digno. En otras noticias...

(*Estática*).

Cadáver: Bueno, ¿quieres escuchar algo de música?

Fantasma: ¿Música?

Cadáver: Es un largo camino para donde vamos, ¿no? Ni modo de que nos vayamos en silencio todo el rato. Oye, ¿y mi Mariana? ¿Cuándo la podré ver?

Fantasma: Pronto. Prefiero el silencio.

Cadáver: No sabes lo que dices. Lo que pasa es que no has escuchado las rolitas que traigo en mi cassette.

Fantasma: Ya escuché algunas.

Cadáver: ¡Pero todavía faltan!

Fantasma: ¿Cuántas canciones le caben a esa cosa?

Cadáver: Como veinte por lado, ¿cómo ves? Nomás que no se puede voltear si no te enseñaba el lado B. Uff, ahí tenía unas de Bon Jovi que me hacían llorar. *(El padre enciende el estéreo y comienza a sonar Goodbye Stranger de Supertramp)*. ¿Te he contado la historia de cómo grabé este cassette?

Fantasma: No, pero ya la he escuchado. ¿Nos vamos?

Cadáver: Finales de los ochentas. No tenía trabajo así que no podía comprar discos. En mi casa, de todos modos, mi papá era muy estricto con la música que se escuchaba: “puras rancheras, nada de esa música de maricones peludos...” Me dediqué a buscar en todas las estaciones de radio las canciones que quería grabar por días y noches...

(El padre y el fantasma se van. En la radio se escucha “Goodbye stranger, it’s been nice, hope you find your paradise”. Todo es oscuridad).

FIN DE LA OBRA

Zapopan, Jalisco.

14 de agosto del 2022.

Acerca del autor

Jorge Arturo Tovar (5 de marzo de 1997) es dramaturgo y artista escénico. Licenciado en Relaciones Públicas y Comunicación por la Universidad de Guadalajara.

Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas generación 2024-2025 en el área de dramaturgia. Fue finalista del Premio Nacional de Dramaturgia Gerardo Mancebo del Castillo dos veces, con las obras El Club de los Corazones Blancos (mención honorífica en 2023) y Fotografía Post-Mortem (2026).

Publicó con Secretaría de Cultura de Jalisco el libro "Ojos vacíos y La fiesta de cumpleaños del viajero del tiempo" con dos de sus obras de teatro.

Ha publicado ensayo en la revista Este País y en la revista Periférica de la Escuela de Artes de Jalisco. También se desempeñó como periodista cultural en Radio Universidad de Guadalajara.

Además de la literatura y el teatro, le gustan los gatos, la pizza y sueña con tener su propia banda de rock.

Ilustración de portada: Fernanda Carrillo